



01/

¿De qué hablamos cuando hablamos de valores?

Francesc Torralba Roselló,
Director de la Cátedra Ethos
de la Universitat Ramon Llull.

Cada persona dispone de una pirámide de valores personales ordenados según su propia conciencia. Este conjunto escalonado es dinámico, narrativo, y variable; se transforma a lo largo de la vida, acompaña al individuo, marca su personalidad.

El artículo reflexiona sobre los valores, la posibilidad de cambiarlos a partir de una profunda transformación interior, y la gran fuerza de cohesión que subyace en ellos.

Palabras clave:

Valores, Cambio, Coherencia, Felicidad.

Each person has a pyramid of personal values sorted according to their own conscience. This tiered whole is dynamic, narrative, and variable. It is transformed throughout life, accompanying the individual and defining their personality.

The article reflects on values, the possibility to change them from a deep inner transformation, and the great cohesive force that underlies them.

Key Words:

Change, Coherence, Happiness, Values.

1/

La naturaleza de los valores.

Los valores son entidades intangibles, pero también lo son los números enteros, las ecuaciones de segundo grado y las figuras geométricas. No se ven, no los tocamos, ni los palpamos. No se pueden medir, ni cuantificar, pero se pueden jerarquizar. Somos capaces de decir lo que es más valioso en nuestra vida; lo que nos sostiene en las horas difíciles, lo que realmente ocupa nuestra mente y mueve nuestro corazón.

No siempre revelamos los anhelos secretos, pero podemos decírnoslos a nosotros mismos. Todos tenemos prioridades, también figuras de referencia, actividades que consideramos más valiosas que otras. Este discernimiento básico ya lo hacen los niños en su primera infancia, pero a lo largo de la vida se va transformando y cambiando de fisonomía y ubicación en la propia jerarquía.

Si hacemos este ejercicio de sinceridad y ordenamos los valores escaladamente, podemos entrever qué es lo que realmente nos mueve; lo que aspiramos a hacer con nuestra vida; la esencia de nuestros sueños. Quizás entonces descubrimos que lo que de verdad nos mueve no es lo que creemos que nos movía.

Quizás comprendemos que el valor central no es la familia, sino el trabajo; no es el trabajo, sino el dinero; no es el dinero, sino la vanidad. Este ejercicio de autocomprensión es básico para saber cuál es el conjunto de valores que, realmente, mueve nuestra vida.

Los valores no son subjetivos, pero cada uno los ordena según su propia conciencia. No todos ponemos en el mismo lugar la solidaridad, la generosidad, el trabajo o la amistad. Existen, entre nosotros, diferencias notables, visibles y palpables. Sin embargo, no siempre tenemos la capacidad de revelar esta pirámide, porque nuestras prioridades no siempre coinciden con las del cuerpo social y el miedo a ser marginados o ser arrinconados hace que, con frecuencia, mostremos unas prioridades que no son transparentes.

En una ocasión, pregunté a mis alumnos qué lugar ocupaba el valor de la oración en su pirámide particular de valores. La gran mayoría ubicó esta práctica en un lugar muy irrelevante, porque, tal y como argumentaron, la consideraban insignificante en sus vidas.

Es cierto que una gran mayoría nunca reza, pero un alumno ubicó la oración en el segundo escalón, dándole, por tanto, una relevancia muy destacada. No llevaba hábito, ni era un sacerdote. Cuando le insinué que argumentase su postura en el conjunto de la clase, me dijo que prefería que sus compañeros no supieran esta preferencia.

La anécdota no pretende fundar ninguna teoría, pero es significativa porque muestra de qué forma los valores personales no siempre coinciden con los valores sociales. Muchas veces, incluso, se contraponen y entonces se vive con tensión esta situación, porque no se quiere llegar a ser un ser marginal. Hay jóvenes que valoran el estudio, pero prefieren no decirlo a sus compañeros; otros valoran la virginidad, pero consideran que es mejor no hacerlo público por las reacciones que podría generar.

La libertad real se demuestra cuando también las minorías pueden expresar su voz sin tener

Denominamos pirámide de valores a esta ordenación subjetiva que cada ser humano elabora en su soledad

que esconderse o protegerse frente a la crítica de la masa. Cuando la libertad de pensamiento, de expresión y de creencias solamente es posible a los hombres y mujeres que configuran la mayoría social, ésta no es aún una libertad madura. Si la minoría se ve obligada a callar o a disimular lo que cree, esto es un indicio de poca tolerancia en el seno del cuerpo social.

Los valores, además de lo que ya hemos dicho, se pueden definir como horizontes de referencia, como destinos que nunca alcanzamos plenamente. Un horizonte es como una línea que nunca se toca, que a medida que nos acercamos da un paso atrás. El acceso al horizonte es asintótico. Solo lo podríamos palpar en el infinito, pero el infinito nos trasciende.

A veces, la línea del horizonte es nítida y clara como una recta dibujada en medio del cielo; otras veces es borrosa, porque un entramado de nubes la oculta. Lo mismo sucede con los valores. Están, pero no siempre los vemos claramente. Los captamos en ocasiones, intuitivos transparentemente.

Sabemos bien lo que tenemos que hacer, hacia dónde hay que remar; pero hay ocasiones en que la claridad se desvanece y todo se vuelve borroso. Es entonces cuando no intuimos mentalmente el valor y no sabemos lo que hacer, cómo responder, ni qué acción es la prioritaria. Estamos como perdidos en medio del océano y no sabemos si remar hacia la derecha o hacia la izquierda.

Se puede tener muy clara la jerarquía de valores personales, pero la situación en la que nos hallamos es tan compleja que no sabemos exactamente qué hacer. Imaginemos una persona, por ejemplo, cuyo valor prioritario en su esquema personal es la solidaridad, pero que se encuentra frente a dos peticiones que se producen inmediatamente, las dos igual de urgentes.

No es fácil discernir a quién tiene que responder primeramente y por qué. Tiene claro que solidaridad es responder, de forma activa y eficiente a

las necesidades del otro, pero en esta situación, tiene que elegir a quién responder primero y ello le hará entrar en conflicto. El valor está claro, pero la situación exige dilucidar y aclarar lo que se debe hacer.

Este conjunto escalonado es dinámico, narrativo, y variable. Se transforma a lo largo de la vida. Lo que valoramos prioritariamente cuando somos niños es distinto de lo que valoramos como preferente de adultos.

Para valorar la salud, se debe haber estado enfermo, hay que sufrir la soledad para valorar la amistad, hay que perder el trabajo para valorarlo. Los valores, con frecuencia son reconocidos y apreciados cuando se ausentan, porque es en la ausencia que echamos en falta su presencia.

La aplicación mecánica de un recetario moral o de un sistema de protocolos es inviable, porque la vida presenta situaciones nuevas, marcos de referencia que no habíamos previsto.

En cada situación, el valor debe ser objeto de una interpretación, de una relectura a fondo y de un trabajo de la inteligencia práctica. Sin embargo, podemos equivocarnos, porque el error forma parte de la vida humana.

El valor tiene que interpretarse en el seno de la situación y esta lectura es personal e intransferible. Nadie puede hacerla por mí. Soy yo quien debo responder.

No siempre podemos anticipar las situaciones que tendremos que vivir, ni la lectura que haremos a la luz de los valores personales, pero antes de tomar la decisión, es sensato confrontar la situación con los valores y hacer la elección que resulte más coherente.

No podemos prever muchas situaciones, pero podemos tomar conciencia de los valores que configuran nuestra personalidad y pensarlos a fondo, porque las elecciones que tomemos sean realmente autónomas y no el producto de las circunstancias externas o de la presión ambiental.

2/

Valores y autodeterminación personal.

Autodeterminarse es, en definitiva, actuar conforme a los propios valores, decidir lo que hay que hacer en cada momento, partiendo de este universo jerárquico de valores que existe en el propio yo reflexivo y hacer elecciones a la luz de este universo, sin dejarse colonizar por las múltiples presiones externas.

Los valores no son entidades que se poseen, no son objetos que se pueden sopesar, medir o cuantificar. Tampoco son propiedades, ni bienes materiales. No entran dentro de la lógica del tener. Forman parte del ser de la persona, de su naturaleza más íntima, aunque no siempre uno lo conozca. Son la forma de este ser, lo que marca su personalidad.

De hecho, es inexacto afirmar que un ser humano tiene unos determinados valores o que una organización posee un conjunto de valores. Los valores -como veremos- se reflejan en los estilos de vida; pero el valor siempre es más que su manifestación externa, nunca se agota en un gesto, en una palabra, en una acción. El ser no es el obrar, pero viendo cómo obra una persona, imaginamos qué ser la mueve, pero el ser siempre es más que la acción, la trasciende.

Los valores no son realidades que se dejen poseer o coger. Más bien son fuentes de inspiración, motores de la acción. Se pueden definir como horizontes de referencia, pero también como la fuerza motriz, como lo que empeña a actuar, a moverse y a vivir.

Con demasiada frecuencia se afirma que lo que mueve a la persona es la pura y estricta necesidad y nada más que la necesidad. Es verdad que nos movemos porque sentimos necesidades y

debemos resolverlas, porque no tenemos la plenitud en nosotros mismos y tenemos que buscar la forma de calmar o de paliar las carencias. La quietud no es patrimonio del ser humano, porque la indigencia que lo caracteriza le lleva a moverse, a mirar de resolverla. Se pone en camino porque tiene hambre, porque tiene sed, necesita refugio, necesita satisfacer sus múltiples persistentes necesidades, desde las más elementales a las más espirituales.

La necesidad es, pues, una fuerza motriz en la persona, pero no es la única fuerza que la empuja. También nos mueven los valores, nos ponen en acción. Algunas veces se perciben con tanta necesidad que no podemos hacer nada más que obedecerlos, pero los valores no son necesidades físicas, mentales, emocionales o espirituales.

La solidaridad, por ejemplo, mueve a muchas personas, pero también lo hacen la belleza, la igualdad o el estudio. Los seres humanos no nos movemos por lo mismo; ni con la misma intensidad, pero todos nos movemos y no siempre nos mueve la estricta necesidad.

Es la pasión por el estudio lo que mueve al intelectual a ir de una biblioteca a la otra y rebuscar entre los libros. Es el valor de la solidaridad lo que mueve a un cooperante a dar su tiempo y su pericia profesional para mejorar la calidad de vida de personas que apenas conoce. Es la pasión por la belleza lo que mueve al alma del poeta a buscar el verso más adecuado, la metáfora más bella.

Cuando los valores son conscientes en el seno de la persona, se viven como una necesidad, porque forman parte del ser de la persona, de su raíz más profunda; y vivir contra lo que uno es, causa una gran violencia. Cuando los clásicos griegos y latinos nos exhortan a ser lo que somos, entienden que la felicidad personal radica en esta coherencia. Es feliz quien vive conforme a lo que es, aquel que es transparente con su propia jerarquía de valores; mientras que la infelicidad es la opacidad, la confrontación entre lo que se es y lo que se muestra.

Los valores los llevamos incorporados, los llevados tatuados, no en la piel, sino en el alma

Sin embargo, solo se puede vivir conforme al propio ser si se sabe de qué está formado el ser, y cuáles son los valores que lo configuran. Los valores no son como la ropa, que nos ponemos y quitamos según el calor o el frío. No forman parte de la ornamentación externa, ni cambian según las modas.

3/

Cambio de valores y transformación interior.

Se escribe muy banalmente sobre el cambio de valores, sobre la transformación social de los valores como si se tratara de deshacerse de un vestido viejo para ponerse otro. El cambio de valores es, obviamente, posible, pero solo a causa de una transformación interior, por una especie de conversión. La organización interna de los valores puede desorganizarse y nacer una nueva; pero este proceso no es una simple alteración exterior; como quien se cambia la camisa o el jersey. Es una metamorfosis interior suscitada por una experiencia que modifica el propio ser, la forma de estar en el mundo y de ver las cosas.

Podemos ser conscientes o no; podemos vivir conectados al nivel más profundo del ser o bien en la periferia, pero esto no niega que los valores estén. Se puede vivir en la torre del castillo, mirando siempre hacia fuera, paisaje allá, pero también se puede explorar la fortaleza y entrar en la habitación más escondida que hay en el subterráneo. El hecho de que se viva en la torre no niega la existencia de la habitación. Sencillamente, se desconoce; pero está.

La persona y los valores forman una unidad tan compacta que cuando se ve obligada a negar, o incluso a traicionar algún valor propio, experimenta una gran violencia interior, porque

es como si se negara a sí misma. Los valores llaman, son como voces que exhortan a vivir de una determinada forma, a ser coherentes con un determinado estilo de vida. Algunas veces, la segunda voz se escucha de una forma clara y firme, pero otras veces se pierde, porque hay demasiado ruido en el exterior.

Los valores no se pueden imponer. Se irradian por ósmosis, pero no tiene sentido coaccionar al otro, para que reconozca los mismos valores que yo reconozco. La imposición de valores es contra productiva y acaba generando formas de resentimiento y actitudes de rencor. Se imponen las leyes, las normas, las reglas de vida social para hacer posible la armonía social; pero los valores son libremente aceptados, vividos de forma consciente o inconsciente.

La imposición es una privación de la libertad, una negación del ser del otro. Educar en valores no es imponerlos. Es otro proceso: consiste en despertar en la persona la conciencia de sus propios valores; persigue como objetivo que ella misma se dé cuenta de los valores que hay en su ser y viva conforme a lo que es.

La imposición es una forma de impostar el ser del otro; hacerlo ser lo que no es; mientras que educar es potenciar su ser, sacarlo hacia afuera, iluminarlo para que su singularidad brille en el conjunto del universo.

También se pueden definir los valores como cualidades intangibles que atribuimos a las personas. Existen las cualidades físicas, que se pueden contemplar a simple vista; pero también existen las cualidades inmateriales que solamente se perciben a través de la acción, de la palabra y de la obra de la persona.

Son precisamente estas cualidades intangibles las que denominamos valores, lo que hace que una persona sea valiosa. No siempre los reconocemos suficientemente, porque con demasiada frecuencia atribuimos excesiva relevancia a las cualidades físicas de tal forma que las cualidades intangibles se ignoran.

LH n.309

Es urgente desmontar la idolatría del cuerpo; esta malévolta tendencia a valorar a la persona unidimensionalmente por su imagen física, por el volumen de sus bíceps o por la forma de sus pechos, porque lo que de verdad hace valiosa a una persona, digna de confianza, son los valores que atesora en su alma.

No escogemos a un amigo o a una amiga por su silueta, por su corpulencia o esbeltez. La escogemos porque es amable, porque sabe escuchar, porque es tolerante, hospitalaria y humilde, o bien porque tiene sentido del humor, es fiel y leal; flexible y se adapta a todo.

Este conjunto de cualidades son los valores y son lo que hace valioso a un ser humano; algunas veces, tan valioso que no podríamos imaginar la vida sin él.

Estas cualidades son lo que hacen deseable a una persona, una ciudad, un pueblo, una nación. Se encarnan en la vida práctica: en la forma de hablar, en la forma de actuar, también en los silencios. Los estilos de vida reflejan los valores que vivimos en la interioridad.

4/

Valores y riqueza inmaterial.

Los valores cohesionan a las personas, estrechan los vínculos, hacen posible la vinculación de cualidad entre grupos y naciones distintas. Tienen, pues, una gran potencia unitiva. Nos complace estar al lado de una persona amable, cortés, culta y atenta, una persona que sabe escuchar y que irradia entusiasmo y sentido del humor. Huimos, en cambio, de un ser agrio y crítico, que solo exhibe sus cualidades, que es vanidoso y descortés.

Los valores unen a las personas y a los pueblos. Crean unión; son como hilos invisibles que unen a las personas. Nos elevan, nos hacen trascender el cuerpo de necesidades, incluso de los instintos. No son emociones, pero como que el ser humano es una unidad global, la relación con los propios valores altera la vida emocional.

La coherencia con los propios valores genera pacificación interior. Es consecuencia de la transparencia entre el ser y el obrar, entre lo que fluye en el propio fuero interno y lo que hacemos y decimos. Esta concordancia entre la exterioridad y la interioridad, entre el pensamiento y la palabra, entre el valor y el hecho causa un buen ánimo, una tranquilidad interior que algunos denominan felicidad.

El choque violento entre los propios valores y las acciones suscita, en cambio, una emotividad negativa, altamente tóxica que irrumpe bajo la forma de rabia, enfado, indignación, desesperación, pena por uno mismo y tristeza. Cuando el valor es ignorado, pisoteado, uno se da cuenta de esta incoherencia e irrumpe un mar de emociones negativas. Cuando esto sucede, no hay más remedio que tomar consciencia de la herida y tener la audacia de aceptarse a uno mismo y proponerse la coherencia como objetivo de vida.

La generosidad, la humildad, la prudencia, la fortaleza, la mansedumbre son cualidades que se muestran a través del vivir de la persona

Bibliografía

- ▶ **Bauman, Z. (2006).** Noves fronteres i valors universals. *Barcelona: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona.*
- ▶ **Bindé, J. (2005).** Cap on van els valors? *Barcelona: Angle Editorial.*
- ▶ **Cardona, V. (2006).** Ensenyar a viure: valors per als pares d'avui. *Barcelona: Pòrtic.*
- ▶ **Castiñeira, A. (2004).** Ens fan o ens fem?: la transmissió de valors, avui. *Barcelona: Pòrtic.*
- ▶ **Corbella, J. (2010).** Educar amb valors. *Barcelona: Destino.*
- ▶ **Elzo, J. y Castiñeira, A. (Dir.) (2011)** Valors tous en temps durs: la societat catalana a l'enquesta Europea de valors de 2009. *Barcelona: Barcino.*
- ▶ **Fibla, P. (2002).** Educació i valors: el patrimoni ètic de la modernitat. *Vic: Eumo.*
- ▶ **Murillo, D. (2009).** Empresa i valors: l'empresa en l'economia global. *Barcelona: Fundació Lluís Carulla: Esade.*
- ▶ **Marina, J.A., Pujol, J.; Torralba, F (Coord) (2009).** Valors emergents a Europa. *Lleida: Pagès.*
- ▶ **Pigem, J. (2010).** Qüestió de valors: del consumisme a la sostenibilitat. *València: Edicions tres i quatre.*
- ▶ **Sáez, F. (2008).** Mitjans de comunicació i valors: què volem que siguin els mitjans? *Barcelona: Barcino.*
- ▶ **Terricabras, J. (Coord.) (2006).** Què ens mou?: 6 valors a debat. *Barcelona: Mina.*
- ▶ **Torralba, F. (2001).** Cent valors per viure. *Lleida: Pagès.*
- ▶ **Torralba, F. (2008).** El sentit de la vida. *Barcelona: Ara Llibres.*
- ▶ **Torralba, F. (2012).** El valor de tenir valors. *Barcelona: Ara Llibres.*